

# La Confesión

## I.- El marxismo en crisis

En las coordenadas de este mundo en crisis, también el marxismo vive su hora cero.

"Ya no es posible callar. El movimiento comunista internacional se halla en crisis. El cisma chino, la invasión de Checoslovaquia en 1968, la Conferencia de Moscú en junio de 1969, la negación impuesta al Partido checoslovaco a sus protestas en agosto de 1968, son manifestaciones evidentes de lo mismo."

Estas palabras de Roger Garaudy en el prólogo de su libro "El Gran Viraje del Socialismo" constituyen un diagnóstico gra-

ve: señalan que también para el marxismo ha llegado la hora de la revisión, del examen, del replanteamiento. En realidad, aquel "deshielo" del XX Congreso, en 1956, no fue sino un preludio de este sismo doctrinal y político que hoy sacude al comunismo internacional. Una "vuelta" a las concepciones primigenias de Marx, una aplicación no dogmática ni fixista de los presupuestos marxistas —insistiendo en el carácter dialéctico y metodológico del marxismo—, un retorno a la visión leninista de la estructura del Estado —el "centralismo democrático" que garantiza la participación creadora de las masas en

la dirección de la vida social, superando así la burocratización, la censura y el dirigismo stalinistas: éstas parecen ser las ideas-clave de los revisionistas.

En Venezuela hemos tenido una muestra casera, doméstica, de esta crisis del marxismo en la reciente división del PCV, con la consiguiente aparición del MAS como grupo político autónomo.

Es evidente que este momento crítico marxista reviste una importancia excepcional para todas las fuerzas progresistas del mundo, que miran al marxismo con respeto y atención.

## II.- Costa Gavras: ¿Golpes a derecha e izquierda?

"La Confesión" gira en esa órbita de replanteamiento. Esta película, realizada por marxistas, que estremeció a la opinión política europea y que fue motivo de disturbios callejeros en Santiago de Chile, ha sido presentada en Caracas en el momento en que el libro que le dio origen ("L'Aveu", de Arthur London) se constituía en un pequeño best-seller capitalino y llenaba los estantes de nuestras librerías.

Costa Gavras, su director, viene del éxito rotundo, apoteósico, de "Z", aquel panfleto político disfrazado de suspenso

policial, con el cual quería denunciar a las falsas democracias, a las dictaduras policiales, a los regímenes militaristas del mundo; los cuales, bajo el abrigo de un lenguaje sagrado —los conceptos de "orden", "paz", "tranquilidad", "moralidad", "propiedad", "religión"— ocultan un secreto fascismo, una represión continua a través del ejército y la "fuerza pública", una mal disimulada alianza con las derechas.

Pero ahora Costa Gavras —y sus colaboradores, también marxistas, Jorge Semprún, Bertrand Javal, Yves Montand— ha emprendido la tarea de llevar a la pantalla

el mensaje dramático del libro de London, el testimonio de un comunista torturado y vejado por el Partido que amó, por sus propios camaradas, durante los procesos de Praga de 1951. Procesos que no son sino un símbolo del stalinismo y de sus métodos.

Se trata, pues, de una autocrítica marxista. Ellos —el equipo técnico que ha elaborado esta película— no han concebido el film como un golpe a la izquierda después del certero puñetazo que dieron a la derecha con "Z". Antes al contrario, su intención es golpear de nuevo a la derecha: a la horrenda derecha marxista.

## III.- "Lenin, despierta: se han vuelto locos..."

Una cosa llama la atención, en primer lugar, al espectador. Se trata de la absoluta seriedad del film. "Z", como recordará seguramente el lector, debió en buena parte su eficacia cinematográfica y su formidable acogida en el público al tono humorístico de la historia, a sus detalles caricaturescos, a su estructura liviana, "ágil", de "suspense" policiaco y, en definitiva, a todas sus concesiones formales al cine comercial.

Costa Gavras no ha considerado honesto, al parecer, seguir empleando esos fáciles mecanismos comerciales a la hora de visualizar el sufrimiento personal de

London. Ha despojado a su película de todo subterfugio, de todo exhibicionismo. Hay en ella sobriedad, tensión, hasta adustez. Es la misma factura ágil que caracteriza a Costa Gavras —el montaje admirable de planos breves que se sellan, resolviéndose mutuamente—, pero puesta al servicio esta vez de ese sereno dolor, cercano al patetismo, que rezuma el libro de Arthur London.

Porque se trataba no sólo de advertir que casos como éste han ocurrido y pueden seguir ocurriendo en el ámbito socialista, sino fundamentalmente de expresar la crisis interior de un comunista —la

de London, la de muchos marxistas— al percibir en carne propia que el socialismo, que quiere ser la garantía de la dignidad del hombre, ha perdido su rostro humano para convertirse en sinónimo de censura, miedo, arbitrariedad, opresión.

Se trataba de justificar, en el rigor de una película no-comercial, pero bien hecha, el grito, angustioso y esperanzado al mismo tiempo, de los jóvenes checos frente a los tanques rusos: "Lenin, despierta, se han vuelto locos..."

Es un sueño, sí. Pero el mismo Lenin decía: "Hay que soñar."

